



Lucía en Londres



E. F. BENSON

*Traducción del inglés a cargo de
Julia Osuna Aguilar*



IMPEDIMENTA



Título original: *Lucia in London*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2015

Copyright by The Executors of the Estate of K S P McDowall

Copyright de la traducción © Julia Osuna Aguilar, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-91-3

Depósito Legal: M-25982-2015

IBIC: FC

Impresión: Gracel Asociados

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LOS EDITORES



A MODO DE DRAMATIS PERSONÆ

R iseholme es un pintoresco pueblo isabelino a cuatro horas en tren de Londres, y el escenario de una de las sagas más adictivas y divertidas de la literatura inglesa del siglo xx, la saga de Mapp y Lucía, quizá la obra más inmortal del novelista británico E. F. Benson, de la que Impedimenta ha publicado, con esta, sus primeras cuatro entregas (*Reina Lucía*, 1920; *La señorita Mapp*, 1922; *Lucía en Londres*, 1927 y *Mapp y Lucía*, 1931).

A fin de recapitular en un somero *Quién es quién* los principales actores de esta comedia que retrata como ninguna otra y de manera sarcástica y satírica el *beau monde* británico, poblado de aristócratas arruinados, damas de la alta sociedad, excéntricos terratenientes, nuevos ricos que buscan medrar en la sociedad de entreguerras y esplendorosos bailes en mansiones señoriales, y poner en antecedentes al lector que por primera vez se aproxima al delirante universo ben-soniano, digamos que este decadente y delicioso villorrio se

rige por los designios de su propia decana del estilo, el gusto y la clase, la inigualable Emmeline Lucas, más conocida por todos como Lucía. La señora Lucas es la indiscutible reina del lugar, una dictadora benevolente que desde su imponente mansión de estilo victoriano, The Hurst, se encarga de organizar toda actividad, ya sea cultural o no, en sus dominios. Y es que este apacible enclave está en un estado de constante efervescencia gracias a las originales y apasionantes ideas de Lucía, o gracias a las originales ideas del resto de los habitantes que Lucía, con una encantadora habilidad, hace suyas y acaba abanderando sin el menor prejuicio.

Lucía gobierna con guante de seda y mano de hierro acompañada de su discreto rey consorte, Philip, a quien ella, en un alarde de esnobismo, apoda Pepino, un apasionado de la poesía y de los crucigramas que apoya a su excepcional esposa en cada nueva cruzada que emprende. No menos importante para Lucía es la ayuda de su mano derecha, el devoto Georgie Pillson, un solterón amante del *petit point* y de la pintura embarcado en una lucha constante contra el encanecimiento y la caída del cabello que comparte muchas de sus aficiones con Lucía. Aficiones como esos duetos que ambos se dedican a practicar y que, aderezados con sus conversaciones en un italiano macarrónico, constituyen unas oportunidades únicas para poner en práctica el más importante de todos sus *hobbies*: el cotilleo más mordaz.

Críticas de las que no se libra ni lady Ambermere, altiva representante de la nobleza local siempre acompañada de su fiel sirvienta Lyall, ni la señora Antrobus con su inseparable trompetilla, ni la señora Boucher en su silla de ruedas, ni siquiera la varonil y resuelta sirvienta de Georgie, la adusta Foljambe... Pero, con mucha más frecuencia, eligen como objetivo de sus

dardos envenenados a Daisy Quantock, su peculiar y envidiosa vecina que, ayudada por su acaudalado marido Robert y su criada de afrancesado nombre, De Vere, intenta infructuosamente, a veces incluso recurriendo a espíritus sobrenaturales, arrebatarle el trono a una Lucía que siempre acaba sometándose a su indiscutible superioridad.

Y es que solo una vez se vio amenazado su reinado, con la llegada al pueblo de la fulgurante estrella de la ópera Olga Bracely, *prima donna* y musa del afamado compositor Cortese, que compra la mansión de Old Place para disfrutar de la supuesta tranquilidad de un pueblo alejado de la vorágine de la capital.

La encantadora naturalidad de Olga contrasta con la artificiosidad de Lucía e, inmediatamente, subyuga a todos los habitantes del pueblo, entre ellos a Georgie, que ya la admiraba como artista desde la distancia y ahora la adora como persona. Pero Olga, una apasionada de la vida, se encariña inmediatamente con el pueblo y no tiene intención alguna de destronar a su reina... Una reina que, ahora, acompañada de todo este fantástico y fastidioso elenco, está dispuesta a conquistar nuevos territorios.

Un apasionante y divertidísimo fresco de la burguesía rural británica en el que la crítica social y el humor traspasan las fronteras del relato para poner patas arriba a la sociedad inglesa al completo. Bienvenidos a Riseholme.

Lucía en Londres

I

Si tenemos en cuenta que la tía de Philip Lucas, fallecida a primeros de abril, tenía nada menos que ochenta y tres años, y que llevaba los últimos siete postrada en cama en una casa de orates, entraba dentro de lo razonable que entre los amigos del matrimonio hubiese cundido la esperanza de que ninguno de los dos se tomara ese revés como una tragedia irreparable. En este sentido, la señora Quantock, quien, como el resto de Riseholme, había enviado a la señora Lucas una sentida notita de pésame, si bien no había utilizado directamente las palabras «feliz liberación», sin duda había insinuado la idea o había empleado un equivalente bastante cercano.

La vecina esperaba recibir una respuesta, pues, por mucho que en su mensaje le hubiera insistido a la buena de Lucía en que ni se le ocurriera escribirle, una mera formalidad, en realidad le había pedido a su camarera, que había llevado la misiva a The Hurst justo después de comer, que no se moviera

de la puerta, alegando que ignoraba si se le daría una contestación. Tal vez la señora Lucas mostrara algún indicio, por vago que fuera, de las expectativas que tenía el matrimonio en relación con lo que todo el mundo ardía en deseos de saber...

Mientras esperaba, Daisy Quantock, como el resto del pueblo en aquella hermosa tarde primaveral, andaba entretenida en el jardín, destrozando los parterres con un rastrillo pequeño pero implacable. Era una jardinera de naturaleza despiadada, que cercenaba cualquier tímido atisbo de verde que osara despuntar de la tierra, no fuese una mala hierba. Después de una pequeña desavenencia, le había explicado al jardinero profesional que hasta entonces trabajaba para ella tres tardes a la semana que ya no requería sus servicios. Ese año tenía pensado ocuparse ella misma del jardín y del huerto, y estaba convencida de que obtendría como resultado una hermosa explosión de flores y una plétora de verduras riquísimas. Al fondo del caminito del huerto había una carretilla de estiércol fresco que, cuando terminara con la matanza de inocentes, repartiría por los arriates despoblados. Al otro lado de la empalizada, su vecino Georgie Pillson estaba pasándole el rodillo a su parcela de césped, donde en verano solía jugar partidas de *croquet* a pequeña escala. De vez en cuando, intercambiaban comentarios a voz en grito, pero, conforme el trabajo les fue dejando sin aliento, dichos comentarios se espaciaron. La última pregunta de la señora Quantock había sido: «¿Tú qué haces con las babosas, Georgie?», a lo que este había respondido entre jadeos: «Hacer como que no las veo».

En los últimos tiempos, la señora Quantock había ganado algo de peso debido a una dieta a base de leche agria, un brebaje intragable, a no ser que se le añadieran previamente

grandes cantidades de azúcar. Así y todo, la leche agria y las pirámides de verduras crudas eliminaron los síntomas de tisis que, a su vez, había provocado el estudio de un pequeño pero escabroso tratado médico. Ese día, en cambio, había tomado un almuerzo normal, tirando a abundante, para probar las mañas de la nueva cocinera, que, sin duda, debía de ser una joya, pues su marido había engullido la comida con gran avidez, en lugar de removerla con el tenedor como si fuera heno. De resultas, entre el peso de más, el empacho y tanto andar agachada, acababa de sufrir un vahído. Estaba incorporándose, intentando recobrase y preguntándose si el mareo sería síntoma de algo funesto, cuando De Vere, pues tal era el increíble nombre de su camarera, bajó las escaleras que conducían del comedor al jardín con una nota en la mano. La señora Quantock se apresuró a librarse del recio cuero de los guantes de podar y la desplegó ante sí.

A una frase de cortesía para agradecerle sus condolencias, que la señora Lucas apreciaba enormemente, le seguían unas palabras ridículas:

Ha sido un golpe terrible para mi pobre Pepino y para mí. Teníamos la esperanza de que nuestra querida tía Amy nos obsequiara con al menos otro par de años más.

Profundamente apenada, tuya siempre, querida Daisy,

Lucía

¡Y ni una sola palabra sobre sus expectativas!... La querida Daisy de Lucía hizo una bola con la absurda nota y soltó un «¡paparruchas!» en voz tan alta que, en el jardín de al lado, Georgie Pillson pensó que hablaba con él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

—Georgie, acércate un momento a la valla, que quiero hablar contigo.

El vecino, ávido de chismes, soltó el mango del rodillo, que, ante la repentina liberación, rechinó y le dio un buen raspón en el codo.

—¡Qué fastidio de trasto! —exclamó Georgie.

Acto seguido, se encaminó a la cerca, cuya escasa altura le permitía mirar por encima: allí estaba su furibunda vecina, sepultando la nota de Lucía en el parterre que acababa de desmalezar.

—¿Qué es? ¿Me va a gustar? —La cara roja y sudada por el esfuerzo de Georgie, que en ese momento asomaba justo por encima de la cerca, parecía el sol a punto de ponerse bajo el horizonte liso y gris del mar.

—Pues no sé si te va a gustar, pero es de tu Lucía. Le he mandado una pequeña nota de pésame por lo de la tía, y dice que ha sido un golpe terrible para los dos, para Pepino y para ella. ¡Tenían la esperanza de que la anciana les obsequiara con un par de años más!

—¡No! —exclamó Georgie, que se enjugó la humedad de la frente con el dorso de uno de sus bonitos guantes gris perla.

—Pues sí —replicó Daisy, furiosa—. ¡Con esas mismas palabras! Te la enseñaría si no la hubiera enterrado... ¡Qué sarta de bobadas! Yo, desde luego, prefiero que alguien me estrangule con un cordón o con lo primero que pille a pasar siete años postrada en cama. ¿A qué viene tanta pena? ¿Qué significa todo esto?

Georgie llevaba tiempo siendo el valedor de Lucía —de la señora Lucas, la mujer de Philip Lucas, esto es, de Lucía—, y, aunque por dentro a veces la criticaba —cuando estaba a solas en la cama o en la bañera—, siempre la defendía a capa

y espada de las críticas de los demás. Daisy, en cambio, nunca se privaba de censurar a cualquier persona en cualquier lugar...

—A lo mejor significa exactamente lo que pone —observó con el delicado sarcasmo que jamás surtía efecto en su vecina.

—Eso no tiene ningún sentido. Lucía y Pepino llevaban años sin verla, ¡ni siquiera se les oía hablar de ella! La última vez que Pepino fue a visitarla, ¡la vieja le metió un bocado! ¿No te acuerdas de que se pasó una semana con un cabestrillo, aterrado con la idea de que le hubiese envenenado la sangre? ¿Cómo va a suponer su muerte «un golpe terrible» para ellos?... Y lo de que les hubiese obsequiado con... —Daisy se interrumpió bruscamente al recordar que su camarera seguía allí, sin perder ripio—. Eso es todo, De Vere.

—Lo que usted mande, señora —dijo esta, retirándose hacia la casa.

La criada llevaba zapatos de tacón, de modo que, cuando levantaba un pie, el talón del otro se le hundía por el peso en el césped mullido. Cada vez que sacaba el tacón incrustado en la tierra parecía que estuviese descorchando una botella.

Daisy se aproximó entonces a la cerca, imbuida por la luz del razonamiento inductivo, una práctica muy cultivada en Riseholme, y velando la furia de su mirada.

—Georgie, ¡lo tengo! Ya sé lo que significa.

Pese a ser leal a su Lucía, Georgie también lo era al razonamiento inductivo, y, a excepción de él mismo, Daisy Quantock era, con mucho, la lógica más portentosa de todo el pueblo.

—¿El qué?

—¡Qué tonta, no haberme dado cuenta antes! ¿Es que no lo ves? ¡Pepino es el único heredero de la tía, que nunca se

casó, y, siendo como era su único sobrino, seguro que le ha dejado dinero a espuertas! Por fuerza, ha *debido* ser «un golpe terrible» para ellos. Estar encantados de la vida habría resultado muy poco apropiado. No les queda más remedio que fingir que ha sido un golpe terrible para hacer ver que no les importa el dinero. Y, evidentemente, cuanto más les haya dejado, más tristes estarán. Es de cajón... ¡Qué cabeza la mía, no haberlo pensado antes! ¿La has visto desde entonces?

—Sí, pero no he podido hablar con ella tranquilamente. Estaban delante Pepino y un hombre que creo que era su abogado. Me trató con una deferencia espantosa.

—Ahí lo tienes. ¿Y no dijeron nada al respecto?

Georgie contrajo la cara, haciendo un enorme esfuerzo por recordar.

—Sí, algo me pareció entender, pero yo estaba charlando con Lucía y los otros dos hablaban en voz muy baja. Aunque le escuché decirle al abogado algo sobre unas perlas. Recuerdo perfectamente la palabra «perlas». Tal vez se refirieran a las de la anciana...

La señora Quantock soltó una risita lacónica.

—Podría ser la de Pepino. Tiene un alfiler de corbata con una. Dicen que es periforme, pero, en realidad, no tiene ninguna forma clara. ¿Cuándo se leerá el testamento?

—¡Bah!, esas cosas tardan una eternidad... Quizá meses. Pero por lo que sé hay una casa en Londres.

—¿Ubicación? —preguntó ansiosa Daisy.

La cara de Georgie adoptó una expresión de intensa concentración.

—No podría asegurarlo. Pepino fue a la capital no hace mucho para no sé qué arreglos en casa de la tía... Creo recordar que por algo del tejado.

—A mí me trae al fresco lo que arreglaran o dejaran de arreglar —dijo con impaciencia Daisy—. Yo lo que quiero es saber dónde está la casa.

—Me has interrumpido justo cuando te lo iba a contar. Sé que después se pasó por Harrod's, y que fue andando, porque esa noche cené con Lucía y con él y lo comenté. Así que la casa tiene que estar cerca de Harrod's... Al lado, de hecho, porque llovía... Si no, habría cogido un taxi. De modo que debe de andar por Knightsbridge.

La señora Quantock volvió a enfundarse los guantes de podar.

—¡Es un horror lo reservada que es la gente! No sé adónde vamos a ir a parar... Figúrate que ni siquiera quiso contarte dónde estaba la casa de la tía...

—¡Pero si nunca hablaban de ella! Llevaba muchos años en aquel asilo...

—Llámalo asilo, si quieres —comentó la señora Quantock—, o, ya puestos, estafeta de correos, ¡pero era un manicomio! Y se han mostrado de lo más reservados con todo ese asunto de la herencia.

—Ya sabes que de las herencias no se habla hasta después del entierro. Y creo que es mañana.

La señora Quantock dio un resoplido de campeonato.

—Si no fueran a heredar nada, ya lo habrían hecho.

—Mira que eres malvada. Mira que...

Sus palabras se vieron interrumpidas por varios estornudos sonoros. Por bonitos que fuesen los gemelos, nunca era buena idea andar en mangas de camisa después de haber pasado tanto calor.

—¿Que qué? —preguntó la señora Quantock cuando terminaron los estornudos.